

ALCORCON, avanzada cultural de nuestra provincia

EN Alcorcón nació, en abril de 1971, un medio de información que lleva por cabecera «Alcorcón Gráfico» y que tendría que pasar por las vicisitudes de tantas publicaciones periódicas que quieren permanecer en la línea fundacional. Su razón de surgir fue la necesidad de coordinar y potenciar las inquietudes de los hombres y mujeres que, por miles, cada mes, «desembarcaban» en Alcorcón, procedentes de todas las regiones de España, con un fuerte contingente de pluralismo y mentalidades, para proyectarles en la búsqueda y encuentro del bien común. El fundador y director de esta revista es Faustino Moreno Villalba, sacerdote.

El lema de la revista «Alcorcón Gráfico» era la «promoción de la Cultura y de la justicia social» para todos los habitantes y, muy particularmente, para los más necesitados y marginados, a la vez que rendir un homenaje de prestigio al hombre del pueblo que acogió a tanto material humano que consiguió trabajo en el inmediato Madrid. Resulta equitativo de-

cir que el equipo de redactores de «Alcorcón Gráfico» ha desarrollado actividades que vienen beneficiando notablemente a toda la población, algunos de cuyos artículos periodísticos merecieron premios en diversos concursos tanto de Madrid como de Barcelona.

QUE ES A.L.A. DE ALCORCON

En 1977 brotó, como rama de ese frondoso árbol de las inquietudes periodísticas y literarias, el anhelo de crear una Asociación Literaria y Artística de Alcorcón. Todo el equipo, ecogió unánimemente, con fervor, la iniciativa. Y puestos a tramitar gestiones, tuvieron el acierto de esta fértil realización que lleva las siglas de A.L.A. (Asociación Literaria y Artística) legalizada por el Ministerio del Interior, y bajo los fines de fomentar y promover la Cultura en las amplias parcelas de la literatura y las artes, para cuyos logros se comprometía a convocar certámenes de letras y artes en general, conferencias,

cursillos, mesas redondas, representaciones teatrales, edición de folletos, boletines, libros y demás manifestaciones culturales desde los más diversos aspectos. El presidente de A.L.A. de Alcorcón es también el mencionado sacerdote Faustino Moreno Villalba.

POR SUS HECHOS SE LES CONOCE

Desde febrero del año pasado hasta la fecha, el balance de actividades de A.L.A. de Alcorcón se viene cifrando en la aportación material y personal a diversos concursos de la Villa; la edición de «Alcor Poético» (libro de composiciones de poetas de Alcorcón), y la creación de «La Hora de los Jóvenes Poetas de Alcorcón», que son reuniones mensuales con jóvenes aficionados a la poesía. Añadamos a todo esto la convocatoria de dos certámenes nacionales poéticos: «A la de Alcorcón», que se falló en septiembre pasado, y el recientemente otorgado de «Alforjas para la Paz», al que concurren trescientos poetas de toda España, ganado por nuestro compañero en las tareas culturales de la Diputación Provincial: el poeta Manuel Martínez Remis, Alfonso López Gradoli y Julio Alfredo Egea.

A.L.A. EN EL ATENEO DE MADRID

La entrega de estos premios del Primer Certamen Nacional de Poesía «Alforjas para la Paz» se celebró la tarde del 26 de enero en el docto marco del salón de actos del Ateneo de Madrid, en la calle del Prado, 21. Corrió a cargo la apertura del acto y recital poético de los galardonados, de José Puertas Jiménez, presentación de los poetas por Ciriaco Crespo, luego vino la actuación de los mencionados poetas premiados y cerró el acto el propio presidente de A.L.A. de Alcorcón: Faustino Moreno Villalba, sacerdote como ya dijimos y director de la revista «Alcorcón Gráfico». Gran fiesta literaria dada en el corazón de Madrid y que puso de manifiesto la importancia cultural de las inquietudes de Alcorcón.

Rafael FLOREZ
(Fotos del autor)

Manuel Martínez Remis leyendo su poema, que obtuvo el primer premio. A su lado, Faustino Moreno Villalba, presidente de A.L.A. y José Puertas, que inició el acto



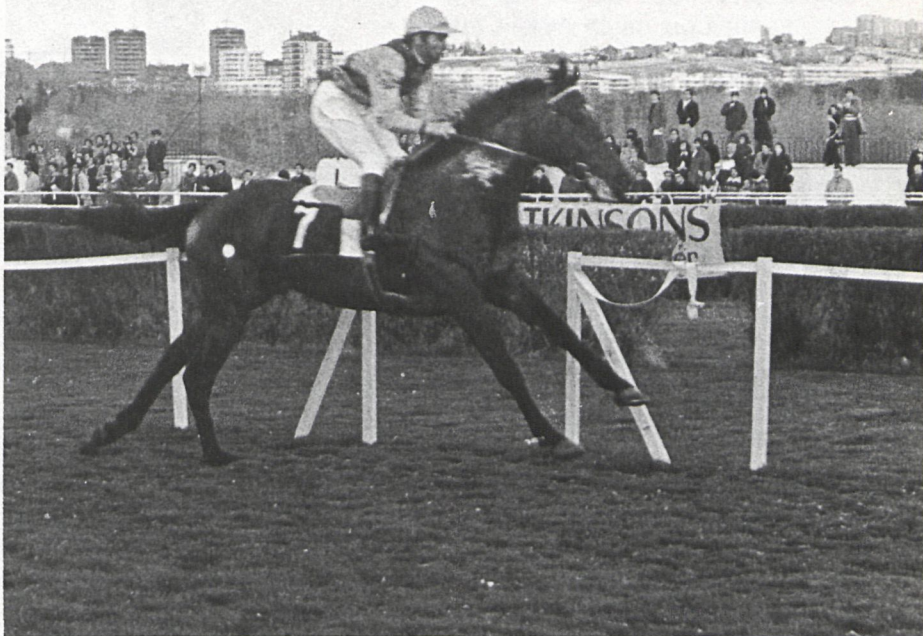
Los caminos de un Madrid perdido

LOS madrileños de mediados de siglo, del XIX, van a las carreras de caballos a el Hipódromo de la Casa de Campo. Van las reales personas y van los aristócratas y van pasando los años, y un día surge el de la Castellana cuya historia no se trata de escribir ahora y que bien podían hacerla ya el marqués de los Trujillos, gran señor del deporte hípico, ya Gilera del de hacer periodismo. Se trata sólo de volver con propios recuerdos camina que te caminarás hacia aquel que eran verdes prados en los bloques de cemento de los hoy ministerios, allí a la vera del canalillo de un tranquilo Madrid.

En el césped corren los caballos del duque de Toledo —la Majestad de Alfonso XIII— del conde de la Cimera —chaquetas marrones y blancos lunares— de la Yeguada Militar. Corren los caballos y a veces juegan al foot-ball muchachos conocidos.

Al peso que cuesta un duro, se entiende que es de plata, se entra a la misma vera de doña Isabel a caballo en medio del Paseo y un poco ladeada hoy, no por nada —pues no faltaría más— sino por clarificar el torrente circulatorio. Al Hipódromo se entra igualmente por una puerta lateral, casi en la primera curva, se hace a general que los «elegantes» llaman en galola «pelousse» y el precio dos pesetas, claro que también de plata. No hay aquí tanta arbolada como en Legamarejo en Aranjuez, pero está frondoso aquello y hasta algunas tardes hace fresco. Se va a ver los caballos, se va a ver las mujeres y algunas van a ver a Valentín Cimera, un elegante que luego dejara su trono de Petronio y de don Juan a Pepe Villapardierna, que también como aquél sabe llevar la chistera gris y tener una buena cuadra.

Se apuesta a dos pesetillas y algunas damiselas hacen con una amiga «bacas» de dos peloncillos de plata. Se baila y como un antecedente minoritario del ligue se flirtea. Puede ser que sea allí y más tarde en Pidoux en donde los muchachos «bien» descubren a las horizontales con acento de Francia aunque nacidas en la Cava, donde se beben, bien que sepa a ratas, los primeros whiskis. Mientras la «carabina» va a apostar, ellos se cogen de la mano: cero al cociente. Y un día como el de la Casa de Campo se fue éste de la Castellana, el cemento lo devora. La Avenida que era del margen del Hipó-



dromo cazadero infantil de la gartijas, se hace ministerios: sin comentarios.

ENTRE LA BOLSA Y ROMEA

En los altos de la Castellana el Hipódromo, en los de la de Carretas que con la de la Montera es de las primeras de la Corte el Romea, bueno, mucho antes, ¿quién lo conoció la Bolsa y el café de la Infantil?

Pero aquí se trata del Romea que en algunos muy mayorcillos puede suscitar galantes aventurillas y no de la Bolsa, que ya lo digo, queda en tremenda lejanía, ni del café, que cuentan los historiadores que en la noche de San Daniel sirvió de cobijo a estudiantes y noctámbulos.

Lo de los cafés-teatros, hoy a la orden del día, perdón de cada madrugada, fue el antecedente del Romea: Carretas, 14. Y vendrán luego junto al café y las obras livianas, Loreto y don Enrique Chicote, y el cine, con entrada general a quince céntimos, las butacas dos reales y 2,50 los palquitos donde... bueno, donde se puede ver la función.

La Loreto y Chicote cuyo maridaje artístico promocionó un compañero en la prensa:

Urrechea, a quien las plumas pícaras le cantan:

En Bombay dicen que hay terrible peste bubónica; aquí estrena Echegaray Y Urrechea escribe la crónica; ¡Mejor están en Bombay!

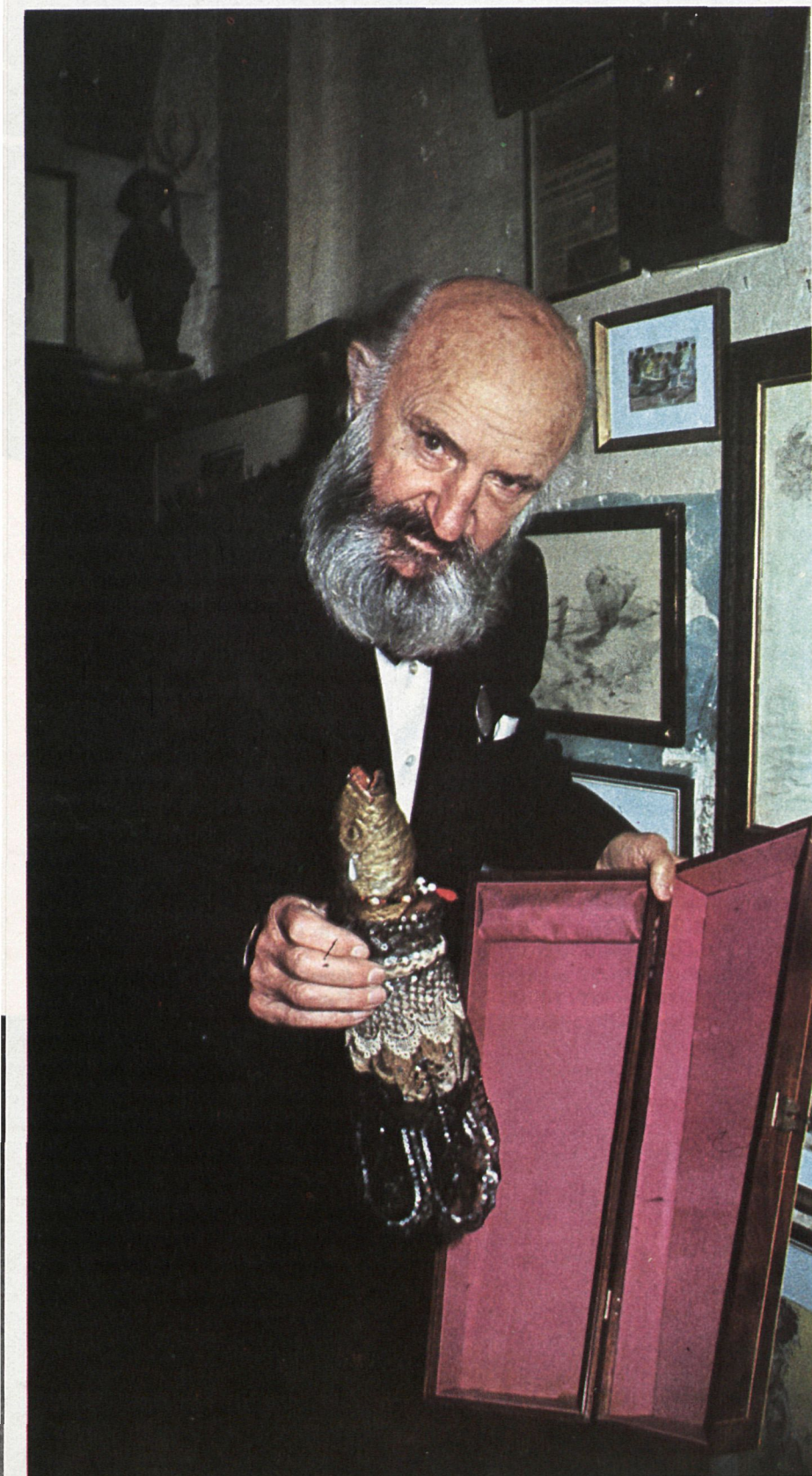
Y en un Romea ya más cercano sale al encuentro con ropa liviana pero con ella Celia. Celia Gámez que hace de aquel como se dice del teatrillo escenario de sus triunfos. Del Romea donde ha cantado antes Fornarina, del teatrillo de muchas plumas, bastantes muslitos y pegadiza música, de vicetiples de buenas formas como para una lección de Anatomía, no digo que la de Rembrandt a quien robaba corazones y encantos aquel joven periodista, buen periodista ya, que fuera Tomasito, era entonces Borrás.

Romea de viejos señores bolsistas y profesores, y estudiantes que con el Romano o la Histología estrenaban sus primeros pantalones largos.

Y un día el Romea, como el Hipódromo antes y después, otras cosas tuvo sentencia de muerte. Gran casa de oficinas con el Centro Gallego y su lápida de la Pardo Bazán, vendedores de aparatos TV... qué sé yo guardan hoy el recuerdo del ayer.

Juan SAMPELAYO

MURALES DE METRO POR DIEZ PESETAS



«Va con el siglo», dicen las gentes mayores, de aquel que vistió «de corto», en años cuyo número se escribe con doble cero al final. Y, a nuestro buen amigo, se le están metiendo ya los ochenta inviernos en el zurrón de los recuerdos, a pesar de sus ojos reidores y alegres.

El siempre ha sido caminador de silencios y paisajes; negocioso de pátinas y maderas bien talladas; oidor de leyendas y aventuras. ¡Si pudiera contar todo lo que ha visto y la mitad de lo que sabe, le nacería un libro impar y divertido! Pero Serafín ha perdido la voz, que no la sonrisa. Le cuesta trabajo hablar: mucho trabajo. El tiempo endurece el corazón a unos y a otros el verbo. Viejas enfermedades que Dios reparte, dejáronle con un hilillo de voz y, a su audiencia, expectante. En las reuniones de amigos, para no obligar a una atención extrema, prefiere callar Serafín todas sus cosas. Mas, igualmente, se siente feliz callando... Observa lo preciso y deja luego correr su mano, cargada de colores, sobre la senda del papel blanco: su ilusión es pintar todo aquello que le divierte y enamora.

—Llevo dentro los paisajes que he recorrido a pie cien veces, a lo ancho de mi vida, porque enriquecieron mi paleta sin exigirme el sueldo de un modelo. Pero, como necesito tener delante el motivo que me atrae, actualmente pinto más en la Casa de Campo: el Madrid que desde ella veo, y sus árboles. Los árboles han sido siempre amigos míos. Respetan mis silencios..., aunque yo, a ellos, los oigo: sus hojas son como campanas muchas veces. ¿No te has dado cuenta de que las hojas de los olivos —cuando las acaricia el viento— tornan su verde en plata?... Y los viejos troncos, abiertos, parecen cobre. Y los cubiertos de yedra, bronce vegetal.

Serafín Villén se traslada a «su finca» —así llama a la Casa de Campo— cuando el tiempo acompaña y busca setas en los rincones que bien conoce. De su mano, es un plato sin peligro por que jamás arriesga.

—Siempre cojo las mismas: así no pueden traicionarme. Bus-



co los rodales de «cañareja», «pezón azul», «cardo», «borrachas», «azulonas», «las de piedra», «las de chopo», «las de retama», «los perrochicos» y los champiñones. Luego, las reparto entre mis amigos. Yo, me las suelo preparar en tortilla: las de cardo y las de pezón azul, prisioneras del huevo, están riquísimas.

La tarea fatiga. Cuando des cansa, saca un cuaderno del bolsillo —lo apoya en su rodilla, en la piedra, en el aire— y cuenta lo que ve: un árbol que ya no respira; unos chiquillos que corren tras la pelota; dos viejos que toman el sol; parejas de novios que pasean despacio...

—Pero mi tema favorito, cuando pinto figuras, está en el río. En esos ríos de verano que, al pasar por los pueblos se llenan de mujeres. Me recuerdan figuras de la Biblia cuando bajan hasta la orilla, meciendo en la cadera la paleta de colores de esa ropa que han de lavar. Se arrodillan luego y mojan, enjabonan, restregan, aclaran la prenda en un rito admirable. No entiendo cómo ahora que hacen tantas películas donde buscan «la frescura» de las damas, no retratan la cadencia, el ritmo, la gracia limpia de las lavanderas cuando se afanan junto al río: ¡qué gracia ponen en sus caderas; qué emoción en su pecho; qué fuerza en sus piernas! Nunca es más hermosa una mujer que en esa actitud de hembra «a cuatro patas» mirándose, como una pantera, en el espejo del agua.

Se ha detenido muchas veces en la ribera para coger fuerza y tomar apuntes. Los pueblos distantes se hacían más difíciles con las carreteras abandonadas de la década de los 40, y los medios de transporte escasos. El necesitaba llegar a todas las aldeas de una ruta trazada con tiempo sobre un mapa sencillo. Conoce bien las lejanías de Avila, Segovia, Salamanca, Zamora, León, Extremadura, buena parte de Galicia...

—Echaba mucho tiempo en el recorrido. Desde la estación donde me dejaba el primer tren de la mañana, quedaban muchas leguas por delante. Una bota de vino me acompañaba



siempre: la bota hace amigos si se sabe invitar a tiempo; quita cansancios; anima a seguir... Dormía allí donde la noche bebaba mi frente: muchas veces en un pajar porque no había otro sitio; y, en el verano, tendido en la era, oliendo a trigo y a estrellas. Del día siguiente, me avisaba el gallo —despertador en punto, sin sonería suiza— y acudía al arroyo para alertar mis pies y para tener claros los ojos.

Tarea difícil la suya, porque las cosas antiguas no tienen cliente seguro. Se compra todo aquello que encierra encanto, sabor, misterio... Cada pieza la ha inventado un corazón y la sintieron unas manos que amaban la madera.

—¡Cuántas cosas maravillosas y humildes compré en tantos años! Escaños donde durmieron los zagalos miles de noches al lado del fuego; mesas que escucharon el concierto impaciente de las cucharas de hueso; alacenas donde guardaban la sal, el queso y el tocino; armarios singulares —como toscas vitrinas de exposición— para tazones, fuentes, platos... El trato era sencillo. La palabra tenía más valor que los billetes del Banco de España. Quedaba con quien me había vendido, en un día y una hora, para que sacara mi compra hasta el camino. Luego, contrataba en el último pueblo del itinerario una camioneta cansina y con tiempo por delante. Hacía el recorrido a la inversa. Jamás faltó nadie

a la cita: aparecían los muebles, los morillos, las castañuelas. Iba recogiendo lo grande y lo pequeño. Con mi tesoro popular y emocionante regresaba a Madrid.

En la capital, los posibles compradores de ese género recién descubierto en aldeas perdidas, echaban cuentas del retorno. Y cuando aparecía Serafín, se acercaban los anticuarios a su tienda. Quien primero llegaba, examinaba el cargamento por encima y preguntaba

precio, sin haber desatado aún el apretado abrazo de las viejas maderas.

—Yo echaba cuentas. Hasta ese momento no había pensado en el dinero. Tomaba un papel para ir sumando los días que estuve fuera de casa: veinte, treinta, cuarenta; lo que me fui gastando en vivir y en invitar; lo que valía el alquiler del camión; y lo que esperaba ganar. Cuando daba la cifra total, nadie la discutía. Se quedaban con la mercancía inmediatamente: debía vender muy baratas las cosas... Tampoco necesitaba más.

César González Ruano que le conocía bien, le honró con el título de «Príncipe del Rastro». Ramón Gómez de la Serna era su amigo. Picasso sabía de él y quiso conocerle... Durante muchos años Serafín continuó abriendo caminos y comprando lo que buenamente quería venderle. Siempre dejaba amigos en los pueblos... El sabía que los muebles y objetos que adquiría, en Madrid valían mucho más:

—Todos tenían que ganar para vivir y, uno, no ambicionaba demasiadas cosas. Ten en cuenta que, al fin y al cabo, yo disfrutaba con el viaje más que

nadie: que gozaba intensamente con la naturaleza; con la conversión de las gentes sencillas; con los temas que descubría para mis dibujos...

Y, en Madrid, sus ausencias eran recordadas por los amigos que acudían puntuales a su «encierre». Allí tenía cien cosas antiguas, bien halladas.

—He salvado tablas casi góticas en una carbonera, destinadas a alimentar la caldera de un palacio; he librado de morir en el barro talias que, boca abajo, servían de pesebrera a los cerdos; he descolgado cuadros que estaban muriendo de frío, de polvo y de abandono; he conseguido mesas, devoradas por la carcoma, de las clausuras; he puesto en marcha relojes de pared que se habían olvidado de contar el tiempo; he limpiado lienzos donde ya no se veía sino el humo vertical de las velas y la noche monótona de los rezos; he leído despacio libros de prosa difícil, que tenían alma; he escuchado el toque diferente de los morteros con aleación de platino...

En su «hospital» de la calle Santa Ana primero y de la Chopa después (hoy, Rodrigo de Gue-



vara), restauraba, lentamente, tanto tesoro despreciado o perdido. Durante las ausencias, sus amigos —escritores, médicos, toreros, pintores, escultores— se reunían para comer el jamón y el queso que siempre tenía a punto.

—El sereno era fiel a la consigna cuando decían: «Amigos de Serafín Villén». Tenía orden de abrirles la puerta de mi tienda. Si yo me encontraba de viaje, daba lo mismo: podían comer y beber lo que allí había. Mi casa fue siempre la casa de todos.

Desde el último verano que pasó junto al mar, en Marbella, ha dejado descansar la maquinilla de afeitar para siempre. Aquella barba rala del principio tornóse honrada. Ha cobrado aire de monje su cabeza. Como si tratara de iluminar antiguos códices, su pintura se ha hecho menuda y clara.

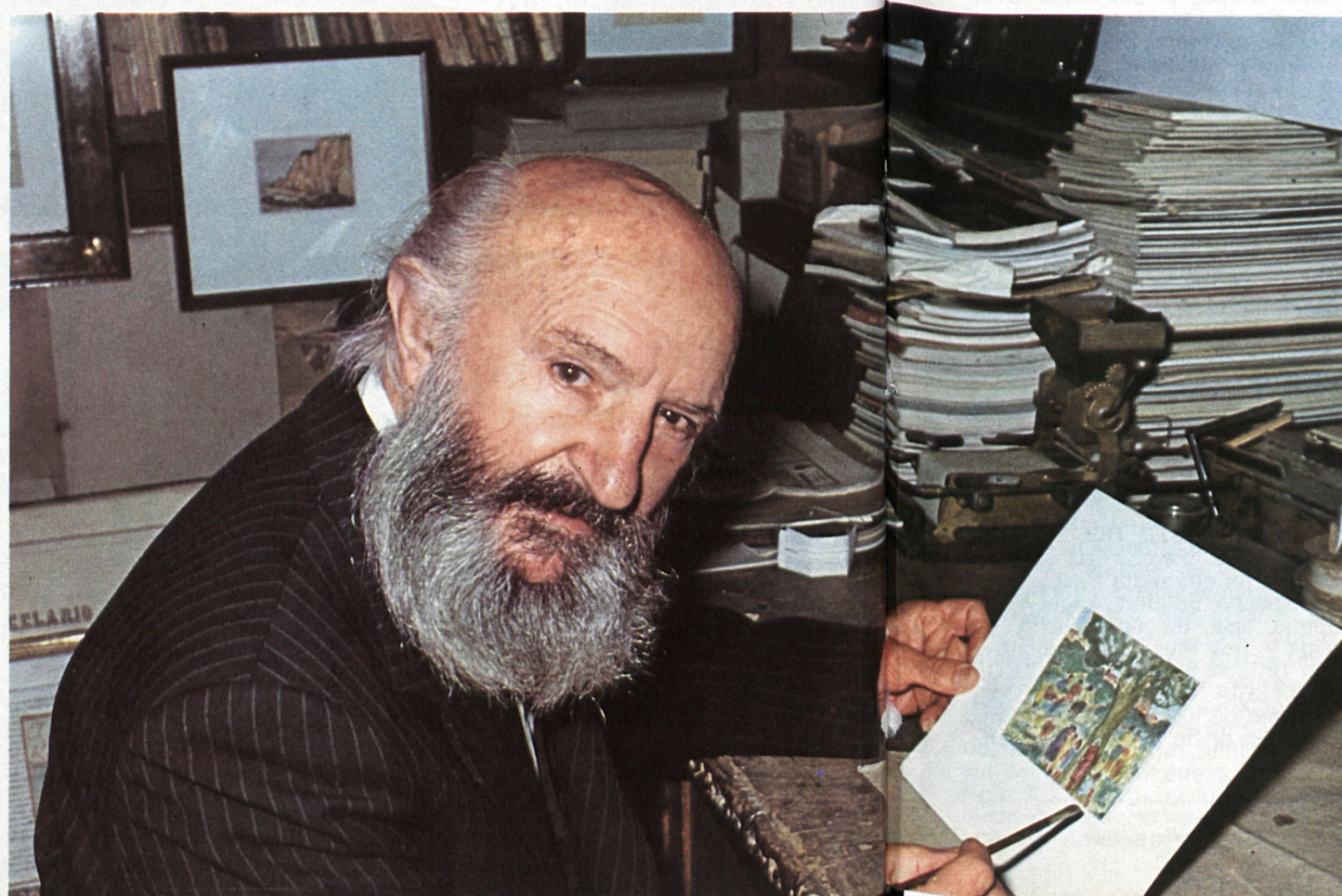
—Había olvidado mi cuaderno de notas y busqué en los bolsillos. Sólo encontré billetes del Metro usados. Anoté el volumen de aquello que llamaba mi atención en la estrecha tira de cartón. De noche, en casa, al intentar pasar la nota que había tomado a un papel de mayor tamaño, observé que conservaba una proporción justa, cierta viveza y decidí colorearla. El billete se había convertido en una miniacuarela.

Se le ocurrió el título: «Murales de Metro». El «Metro» da qué pensar porque jamás se

enfrentó a esa medida. Sin embargo, el tema se hizo popular entre sus amigos.

—He regalado muchos y he vendido muchos también. Enmarcados con un paspartú quedan graciosos. Sobre todo, si se ordenan dos o tres en el mismo cuadro.

No sé por qué, pero el Metro se me ha hecho más simpático. Ahora guardo todos los billetes de envés limpio, para Serafín. No hay «lienzo» más barato: te permite el lujo de viajar un buen trecho y después se hace cuadro. A veces, cuando tengo en la mano la superficie blanca del breve cartón, cierro los ojos y convierto el Metro en algo distinto. Me olvido de las apretadas estaciones sin salir del túnel, hago el trayecto más largo: por 10 pesetas casi puedo volar. En el boleto saludo a gentes que he visto charlar con Serafín: me detengo ante lugares que conozco; recorro en una alfombra mágica un Madrid que me encanta, visto desde el otro lado del río... Realmente, un billete utilizado no puede dar más de sí: sus seis centímetros y medio por dos se han convertido, por obra y gracia de este artista aragonés, en un «mural de metro».



José Luis PECKER
(Fotos: R. LEAL)

MUSEO DEL EJERCITO:

LA «SALA DE ARMAS», PUESTA AL DIA DEL MUSEO

EL 26 de julio de 1978 Sus Majestades los Reyes, Don Juan Carlos y Doña Sofía, inauguraban, en el Museo del Ejército, la nueva SALA DE ARMAS. Recuerdo de su paso por el museo son los tres bustos de Don Juan Carlos, Doña Sofía y el príncipe Felipe, esculpi-

dos por Santiago De Santiago e instalados en el Salón de los Reinos, junto a los de Isabel II, Alfonso XII y Alfonso XIII. Con la nueva «Sala de Armas» se concretaba un primer paso de renovación del museo.

—El proyecto, en este caso he-

cho realidad, responde a la nueva tendencia de agilizar los espacios del museo para evitar que el amontonamiento excesivo ofusque al visitante —me aclara el director del museo.

El teniente general don Angel Ruiz Martín, actual director del museo, se ofrece gentilmente a ser mi guía.

—Será sólo una «galopada», porque hay mucho que ver.

Enamorado de la historia y la arqueología, ilustra con todo lujo de detalles cada una de las piezas. Don Angel Ruiz Martín nace en Burgos, en 1910, de familia militar. De 1928 a 1931 las academias militares de Zaragoza, Ingenieros (Guadalajara), Artillería e Ingenieros (Segovia) velan sus estudios. Teniente de Ingenieros en 1932, es destinado a Pamplona y más tarde a Carabanchel. La guerra civil le lleva, como capitán, a los frentes de Guadalajara, Aragón, Teruel, Valencia (Sierra de Javalambre). Incorporado a la Jefatura de Ingenieros del Ejército de Levante, finaliza la guerra en Medinaceli (Soria). Número 1 en la Escuela de Estado Mayor, es destinado al Estado Mayor Central del Ejército en 1942. En 1968 asciende a General de Brigada y se incorpora a la Jefatura de Informática del Estado Mayor, y más tarde a la Comisión de Enlace con el Ejército U.S.A. General de división en 1970, es nombrado gobernador militar de Badajoz. Al año siguiente, gobernador militar del Campo de Gibraltar. Ascendido a teniente general en 1973, ocupa el cargo de capitán general de la 9.^a Región Militar (Granada) y posteriormente el de Presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar. Al pasar por edad a la situación B, en 1976, cesa en su cargo y sigue como presidente de la Junta de Gobierno del Instituto Social de las Fuerzas Armadas, hasta febrero de 1977, en que pasa como agregado al MUSEO DEL EJERCITO. En junio del mismo año es nombrado director del museo.

—1978, fecha de inauguración de la Sala de Armas. ¿Cuándo se funda el museo?

—Como MUSEO DEL EJERCITO en 1932. Pero... —la primera parte de mi entrevista transcurre en el despacho de don Angel Ruiz, antigua sala de un palacio de Felipe V, hoy Museo del Ejército— ... en 1803 se funda el MUSEO DE ARTILLERIA e INGENIEROS en el palacio de los Condes de Monteleón. En dicho palacio se defen-

Armadura Gran Capitán de niño